

La calle para el viernes 20 de julio de 2007
Diario de un espectador
Una mañana en el Zócalo
por miguel ángel granados chapa

Por razones que no están ustedes para saberlas ni nosotros para contarlas fuimos entrevistados por Eduardo Patiño, que produce programas para TV Unam, quien tuvo la afortunada idea de que nuestra conversación ocurriera en la plaza pública por antonomasia, el Zócalo de la ciudad de México, la Plaza de la Constitución del Distrito Federal.

Nuestra primera cita, el martes, resultó fallida porque junto al asta-bandera, donde nos reuniríamos, apareció un vigilante que de modo muy atento comunicó la imposibilidad de realizar nuestro trabajo si no contábamos con un permiso de la oficina de espectáculos de la delegación Cuauhtémoc. Hizo venir a un superior para saber si podrían allanarnos el camino invirtiendo la ruta: realizaríamos la tarea y luego daríamos aviso a la delegación, a modo de solicitud extemporánea de permiso. No hubo manera de convencerlo, pues se apegaba rigurosamente al reglamento, que contiene un criterio digamos llamativo si no es que incongruente: no se requiere permiso para realizar grabaciones cámara al hombro pero en cambio es necesario si la cámara descansa sobre un tripié. Mientras intentábamos inútilmente mostrar la buena fe que nos movía, comenzó a lloviznar y ese fue un motivo aún más contundente que la razón burocrática, para desistir.

Volvimos pues, el miércoles, ya sin complicaciones y de las diez y media de la mañana a las doce del mediodía conversamos sobre la vida pública mexicana en los treinta años recientes. En torno nuestro se reunieron curiosos o personas que estaban al tanto de quién y por qué tenía lugar la conversación. No faltó algún grosero, quizá no demasiado en sus cabales, que se acercó a la cámara y profirió algún insulto general, no dirigido a nadie en lo particular. En otro momento se acercó una señora a confesar su animadversión contra los periodistas pues a su juicio todos son “unos vendidos”. Todos salvo Miguel Aroche Parra, según explicó, que no pudo hacer una carrera política, sólo fue diputado a causa de su honestidad.

A la señora que tan campanudamente negaba nuestra probidad al decir que todos los periodistas, sin más excepción que Aroche Parra, están vendidos al poder, le rogamos ser conducto para enviar un saludo al viejo militante, que fue un agitador y organizador social y sindical más que propiamente un periodista, si bien escribía en las publicaciones partidarias y en un tiempo en el *Excelsior* usurpado a sus legítimos propietarios. Otro circunstante terció para afirmar que Manuel Buendía había sido mejor periodista que Aroche Parra, una comparación carente de sentido.

Se aproximó también, a conversar, una pareja, padre e hija. Él nació en México pero se avecindó en Estados Unidos, donde se hizo abogado. Ahora venía a dejar a su hija en su país de origen, pues ella, socióloga, se dedicaría a la educación con una pareja de profesores universitarios. Por supuesto, no faltó un interlocutor que posesía la clave de la felicidad humana, y atribuía todos los males del mundo a la falta de generosidad que es a su vez una forma del amor.

Toda suerte de personas deambulaba sobre la gran plancha del corazón de la ciudad. Grupos de activistas gritando sus consignas u ofreciendo a manera de gancho exámenes para determinar la presencia del Vih-Sida; turistas nacionales o extranjeros, habitantes de la ciudad de México en vacaciones, personas sin rumbo que escucharon arrobadas la cascada de sonidos que al mediodía exacto se desprendió del campanario de la Catedral metropolitana. Cruzaba también, presurosas y presurosos, gente que acortaba su camino y se dirigía en diagonal de Pino Suárez a Monte de Piedad o de Seminario a Dieciséis de septiembre. Personas, en fin, que se afanaban en sus propios asuntos, humanos o divinos en la gran plaza.